



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instrucción: por D. A. Pirala.—Mucho y Nada (poesía), por don Carlos Frontaura.—Historia: Juana Grey (continuación).—Lola (conclusión).—Variedades: Mujeres célebres en Bellas Artes (Art. 2.º), por don Enrique del Castillo y Alba.—Modas.—Explicación del pliego de Dibujos.

INSTRUCCION.

Enaltecimiento de la mujer.

Se ha dicho que las mujeres pueden preguntar á los hombres ¿qué derecho teneis vosotros para privarnos del estudio de las ciencias y de las bellas artes? Las que se han dedicado á ellas ¿no las han conseguido en lo sublime y en lo agradable? Si las poesías de ciertas señoras tuvieran la circunstancia de la antigüedad, se mirarian con la misma admiración que las obras de los antiguos, á quienes se hace justicia.

El célebre Malebranche concede al sexo todas las gracias de la imaginación. Lo que corresponde al gusto, dice, es de su jurisdicción: ellas son los jueces de la perfección de la lengua.

Y en efecto, ¿qué no se debe á la viveza de la imaginación? Ella es quien hace los poetas y los oradores: nada gusta tanto como las imaginaciones prontas, finas, llenas de ideas agradables: ella empieza y conserva nuestros gustos, y á ella se debe la agradable ilusión de las pasiones: es un nuevo sér; es el alma de la existencia: y esta alma es poderosa en

la mujer. ¡Cuántas veces halla la mujer solución á lo que sirve al hombre de aturdimiento!

Concédese por lo general á la mujer un talento fino para juzgar de las cosas del gusto: su extensión da finura al entendimiento, hace percibir viva y prontamente todo lo que hay que ver en cada cosa sin que cueste nada á la razón. Por esto dice Montaigne que las mujeres tienen un espíritu lleno de viveza: en el corazón da el gusto afectos finos, y en el trato del mundo una cierta política atenta, que nos enseña á manejar el amor propio de aquellos con quienes vivimos.

Concediéndose á la mujer el talento del buen gusto, se la hace una concesión que puede lisonjearla, porque es grande, y no deben ignorar su importancia.

Los que no desean salga la mujer de esa especie de lecho de Procusto en que las aprisiona las preocupaciones, por no decir la tiranía ó la ignorancia de algunos, quieren que la acción del espíritu, que consiste en considerar un objeto, esté mucho menos perfeccionada en las mujeres; fundándose en que el afecto que las domina, las distrae, y es necesaria la atención que hace nacer la luz, por decirlo así, acerca de las ideas del entendimiento, y hace que las alcancen. Pero entre las mujeres, las

ideas se ofrecen por sí mismas, y se colocan mas por inclinacion que por reflexión. La naturaleza arguye por ellas y las ahorra todo el gasto.

No se cree que el afecto perjudique al entendimiento; pues él suministra nuevos espíritus que iluminan; de modo que las ideas se presentan mas vivas, mas limpias y mas des- enredadas. La prueba está en que todas las pasiones son elocuentes: y tan seguramente se suele ir á la verdad por la fuerza y el calor de los afectos, como por la estension y la exactitud de los razonamientos, por los que siempre llega la mujer mas pronto al fin de lo que se trata, que por los conocimientos.

La persuasion del corazon es superior á la del entendimiento, pues muchas veces pende de allí nuestra conducta: á la imaginacion y al corazon de la mujer, es á quien la naturaleza ha entregado el gobierno de las acciones y de los movimientos.

La imaginacion y el corazon son dos poderosísimos elementos, son dos potencias que enaltecen. Si la naturaleza les ha concedido dones imperecederos, si les dispensa tanto poder, ¿cuál no seria el que tuvieran si la mente recibiera de continuo esa enseñanza, que aumenta, sino su actividad su solidez, y siempre sus luces y su brillo! ¿Cuál, si el corazon fuera guiado con esos infinitos y sublimes ejemplor de moral que enseñan muchos libros!

A. Pirala.

LITERATURA.

MUCHO Y NADA.

I.

—Adios, Elvira del alma,
que está mi gente esperando,
Dios te bendiga, y no olvides
que voy en tu amor fiado.
—No será Elvira perjura
en amor de tantos años.
Antes morir que olvidarte.

—Muerto, mejor que olvidado.
Adios! los clarines suenan,
y piafan los caballos.
—El cielo y mi amor te guien,
y no olvides que te aguardo.
—Adios! esperanza mia!
—Adios!
—Enjuga ese llanto;
que han de darme la victoria,
Dios, nuestro amor y mi brazo.

II.

—Ay! madre! en vano le espero.
No vuelve, madre, no vuelve.
En la batalla, sin duda,
le ha sorprendido la muerte.
—Ten calma, y en Dios confia
que ayuda á los buenos siempre.
Tu amante vendrá; no es tiempo
hija de que desesperes.
—El corazon me lo dice,
no viene, madre, no viene,
que quien es amado y ama
no está mucho tiempo ausente.
—Ay! hija! con pena veo
que tú que vuelva no quieres.
Otro amor se entra en tu alma
á otro capricho en tu mente.

III.

—Qué fueron tantas promesas,
Elvira? qué aquellas lágrimas?
Era tu amor un capricho
y eran viento tus palabras!
Otro tus favores goza,
y cree verdad que le amas,
y como á mí me engañaste,
quizás, Elvira, le engañas.
La ingratitud te agradezco
con que mis amores pagas....
y plegue á Dios que no sufras
la pena que te preparas.
Hoy te escuda la belleza,
mas cuando llegue mañana,
de mucho que prodigaste
hallarás Elvira..... nada!

CÁRLOS FRONTAURA.



HISTORIA.

JUANA GREY.—(Continuacion.)

Entró en la biblioteca, y tomando un volumen de las obras de Platon, que leía en griego con tanta facilidad como el inglés, se disponía á esperarle cuando le oyó abrir la puerta.

Juana se levantó apresurada para recibirle.

Dudley besó apasionadamente la mano que ella le tendió sonriendo, y se sentó á su lado.

—Juana mia, la dijo, voy á comunicaros una noticia que os complacerá, y á mí me halaga sobremanera.

—Decídmela, repuso vivamente Juana.

—El Consejo, de acuerdo con mi padre, ha decidido elevarme á la dignidad de Rey, colocándome á vuestro lado en el trono.

La reina le miró fijamente con aire grave, pero sin proferir una palabra.

—¿Qué os parece, Juana? repuso Dudley. ¿No es verdad que vos os alegráis de esta decision?

—Dudley, dijo Juana con dignidad, ¿es el Consejo ó soy yo quien debe tener aquí la iniciativa y resolver sobre una cuestion tan delicada?

—El Consejo sabe, ó debe por lo menos suponer, que cuenta con vuestra aprobacion.

—¿Acaso el Consejo avanza demasiado! contestó con firmeza la reina.

—Juana, ¿qué quereis decir? repuso Dudley con mal reprimido enojo?

—Quiero decir, contestó la reina, que este es un asunto que debo consultar, no con otros, añadió con amargura, porque en medio de mí corte estoy sola, sino con mi conciencia.

—¿Con vuestra conciencia, señora? dijo Guilfort con ironía.

—Sí, repuso Juana, y escuchadme, Guilfort: sé de dónde viene esa idea; sé tambien á que conduce, y en conciencia yo debo oponerme. Si tal hiciese, Dudley, no seríais vos Rey sino en el nombre: otro gobernaria á su antojo en vuestro lugar y en el mio: por consideracion á vos me permitiréis que no le nombre... Pues bien, Guilfort, si reconozco mi inesperienza en ciertos asuntos, si comprendo que soy demasiado jóven para el elevado rango que á la Providencia le plugo confiarme, sé tambien que hay en mí mejor buena fé, mejores deseos, menos ambicion que entre mis consejeros, y por eso en cuanto de mí dependa, serán

mias las decisiones que recaigan sobre mi pueblo, puesto que nada haré que no crea haya de redundar en su beneficio.

—¿Es decir, señora, dijo entonces Guilfort con despecho, que os negais á mi deseo?

—Por ahora sí, contestó Juana tranquilamente.

—Mucho he perdido con vuestra elevacion, señora! Halagada con ella, yo nada soy ya á vuestros ojos! dijo con aire de ironía Guilfort.

—Me ofendeis, Guilfort, pero os perdono, repuso la Reina tristemente: nadie mejor que vos me conoce, y sabe que la vanidad no tiene cabida en mi corazon, pero si me opongo por la vez primera á un deseo emitido por vos, debeis hacerme la justicia de creer que tendré para ello razones graves, que deploro mas que vos.

—Y yo las respeto tanto, señora; conozco de tal modo la necesidad de no ser nunca un obstáculo á vuestros proyectos que me despido de vos, y os pido permiso para salir ahora mismo de Lóndres, contestó Dudley con marcado enojo.

—Guilfort, Guilfort, dijo la Reina con los ojos arrasados de lágrimas, no veais por Dios en mi negativa una prueba de indiferencia. Sabeis que os amo sobre todo en el mundo; que vuestro amor es mi vida, no me dejéis sola, no me dejéis!

Dudley permaneció impasible.

Juana tomó una de sus manos entre las suyas: Dudley la retiró vivamente, y se puso en pié.

Juana hizo lo mismo.

—¿Adónde vais? adónde vais? le preguntó con ansiedad.

—Ya os lo he dicho, señora, respondió Guilfort con fria indiferencia; adonde mi presencia no pueda importunaros!

Y sin mirar siquiera á la Reina, que trémula y llorosa procuraba retenerle, salió al salon inmediato.

Juana inmóvil le veia marchar.

Guilfort abrió lentamente la puerta, y se detuvo volviendo la cabeza hácia Juana. Esta sin detenerse á reflexionar, por uno de esos movimientos espontáneos del corazon, corrió hácia él.

Dudley la esperaba; su orgullo herido necesitaba una satisfaccion. Cuando la Reina estuvo junto á él, sin querer oirla abrió precipitadamente la puerta, y salió corriendo, cerrándola con estrépito.

Juana se echó entonces á llorar amargamente. Ay! el hombre mas galante, mas fino y mas apasionado, es cuando cree humillado su orgullo, vengativo, impolítico, y hasta cruel.

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

LOLA.

(Conclusion.)

Con esta resolución, temblando y conmovida, pero no sin componer antes su rostro y arreglar su continente, bajó al cuarto vecino.

—El Sr. D. Félix, preguntó.

El criado, bien fuese por inadvertencia, ó porque ignorase efectivamente que su amo no estaba en casa, la precedió acompañándola hasta el gabinete, después de haber atravesado un suntuoso salón. Lola, que se preparaba á encontrarse cara á cara con Félix, se sorprendió un poco al hallar á su esposa sola.

Estas dos señoras ya se conocían: habitando una misma casa, se habían encontrado algunas veces en la escalera, pero no se habían saludado. La orgullosa dama había procurado evitar relaciones con la mujer de un modesto empleado, cuya fortuna no igualaba á la de su marido, y Lola era demasiado altiva para solicitarlas. Echó al entrar una mirada de desden sobre una mujer que le parecía fea, y quizá otra de envidia sobre el magnífico chal que llevaba, que le parecía hermoso.

—Señora, dijo la de la casa adelantándose.

—Dispensadme, contestó Lola, es á vuestro esposo á quien buscaba.

Entonces la señora de Acuña tiró el cordón de la campanilla y se presentó una doncella.

—Justina, la dijo, mira si tu amo está en su cuarto y dile que una señora desea hablarle. La señora de Almonte, según creo.

—Sí, señora.

Justina volvió diciendo que su amo había salido.

Lola, que no pecaba de tímida, había tenido tiempo de reponerse: sentóse en un sillón y tomó la palabra.

—Señora, le dijo, ayer vuestro perro ha muerto á mi gata.

—Ah! señora, escusadme, ese maldito perro, siempre está haciendo de las suyas. Os aseguro que lo siento infinito....

—Oh, Dios mío! se apresuró á continuar Lola, es el caso que yo en un momento de despecho.... quizá fuera de razón, he hecho matar á vuestro perro.

—De veras! Me habeis hecho un gran favor, porque lo merecía. Yo no puedo sufrir los perros, y Sultan especialmente me era odioso. Un animal

que manchaba mis muebles, destrozaba mis encajes. Bien muerto está. Los perros no debían estar sino en las cuerdas.

—Pero señora....

—Ah! las mujeres, continuó la señora de Acuña, tenemos que sufrir no solo por los defectos de nuestros maridos, sino también por sus caprichos. Hay nada tan fastidioso como tener un marido cazador? Por fin si dejasen sus perros en el campo....

—Señora, repuso Lola, precisamente porque vuestro esposo es aficionado á la caza habrá sentido más la pérdida de su perro: como entre él y mi marido no hay otras relaciones que las de vecindad, me temo....

—Nada temais, yo me encargo de arreglar este asunto: mi esposo sabe que yo aborrecía al perro, y no me dará el disgusto de armar por esto una querrela.

Lola conocía bien que otra era la causa de desazon entre Enrique y Félix, pero se guardaba bien de decirlo: las seguridades que le daba su vecina no podían tranquilizarla, ni acertaba á disimular su inquietud.

—Os digo que no tengais cuidado, le repetía la señora de Acuña.

—Sois demasiado amable, y confío en que si os encargais de desarmar el enojo de vuestro marido lo conseguireis con facilidad. Sin embargo, si creéis que no debe tardar en venir, yo os suplicaría me permitieseis esperarle.

Era efectivamente la hora del desayuno, y según su esposa Félix no debía tardar, y tanto por vanidad como por pasatiempo, se puso á enseñar á Lola sus magníficos trajes, sus ricas joyas, y sus finísimos encajes. De repente se oyó un ruido extraordinario en las antecámaras, y la puerta se abrió con estrépito.

—Dios mío! exclamó Lola palideciendo, alguna gran desgracia ha sucedido.

—Cuál puede ser? dijo la señora de Acuña cerrando sus estuches.

Justina entró toda demudada.

—Señora, dijo llorando, el señor viene herido.... sin duda de peligro.... lo han traído privado de conocimiento.

Lola dió un agudo grito, y sin despedirse se subió á su habitación. Sobre el mismo sofá donde los días anteriores ella pasaba tantas horas con Mizilda esperando á Enrique, encontró á éste, inanimado ya y con los ojos cerrados para siempre. El médico, amigo de la casa, que lo era particular de Enrique, y le había acompañado en su lance fatal, to-

mó á Lola en los brazos y la trasportó á otra pieza retirada, donde procuró consolarla.

—Ya no existe, señora, la dijo con acento triste: á nada conduciría que presenciaseis un espectáculo doloroso: ni vuestro llanto, ni vuestra desesperacion pueden volverle á la vida. Pero qué motivo tenían estos hombres para aborrecerse así: yo creía que apenas se conocían.

—Yo soy causa de todo, dijo Lola anegada en llanto, yo puse en precision á mi marido de matar á aquel desdichado perro....

—No es posible, señora, que tan pequeña cosa haya motivado el odio profundo de que estaban animados. No ha habido medio de aplacarlos, declarando los dos que no había transaccion, y que su duelo era á muerte.

—¿Y su contrario? preguntó Lola, sin entrar con el médico en mas esplicaciones.

—Su contrario? Está también gravemente herido: yo no sé si morirá, pero cuando menos perderá un ojo.

El amor exhala tristes gemidos, el dolor físico da lastimosos ayes, la cólera y el odio son mudos. Lola encerró en su pecho todos sus sentimientos, hasta su remordimiento.

Don Enrique Almonte no era rico: sus esperanzas de fortuna se cifraban en su tío, que acusando á Lola de la muerte de su sobrino no quiso verla, ni oirla. Fué preciso arreglar la testamentaria del difunto, resultando que apenas había para pagar las deudas, y la pobre viuda salió de aquella casa mas pobre que había entrado, viéndose reducida á refugiarse en una buhardilla, para procurarse con el trabajo de sus manos, como en otro tiempo, el pan de cada día.

Cuando Lola acabó de contarme su triste historia no pude menos de decirle:

—Así es como las mujeres sois siempre víctimas de todas las pasiones! Qué importa que hayais sabido resistir al amor, si habeis cedido á un odio imprudente que os ha hecho perder prematuramente no solo un marido digno de estima, sino también la buena posición que con vuestro juicio y conducta habíais sabido adquirir? Pero no me direis, señora, qué objeto os lleva por las noches á dar vueltas por la calle de Alcalá? Vais acaso á espiar al hombre que, según vuestra misma confesión, fué el objeto de vuestro primer amor?

—¿A quién? á Félix? contestó ella con un acento que demostraba el odio mas profundo. Oh! No lo creais. Le aborrezco con todo mi corazón. Queréis saber á qué voy allí? Yo os lo diré: Voy á oír

todas las noches los mayidos de Mizilda, los aúllidos de Sultan: voy á esperar á que se abran las ventanas de mi alcoba nupcial, y que aparezca en ella la sombra de mi esposo, pálido y envuelto en un sudario, á pedirme cuenta de su juventud malograda, que yo sacrifiqué á mi venganza.

Esta idea fija que atormentaba á Lola me hizo temer por su razón. No la encontraba precisamente loca, pero su dolor tenía cierto aspecto de trágico y fatal que podía conducirla á una enagenación mental.

Algunas de mis lectoras, que ya me conocen, saben que soy tierno de corazón. Aquella mujer, á quien había mirado con indiferencia en el tiempo de su prosperidad, cuando la conocí rodeada de adoradores, me interesaba ahora en su desgracia. Yo no podía aliviar su suerte, ni encontraba medios de ayudarla sin herir su delicadeza y susceptibilidad. Ocurrióme una idea feliz, que no quise desaprovechar.

Había en Sevilla un hombre á quien aquella mujer, pobre y desgraciada ahora, había flechado endias mas felices, y cuyo recuerdo sabía yo no había olvidado. No tuve necesidad mas que de escribir dos renglones para volver á abrazar á mi amigo D. Pedro de Utrera.

—Amais aun, le dije, á aquella mujer por quien desdeñais el afecto de vuestras paisanas?

—Mas que nunca, me contestó. Vuestra carta no ha hecho mas que precipitar mi viaje: de todos modos yo estaba decidido á venir. ¿Habeis encontrado mi flor favorita, mi dahlia azul? Decidme pronto donde podré verla.

Le conté la historia que acabamos de leer.

—Yo enjugaré su llanto, dijo D. Pedro: yo la colocaré en una posición mas brillante que la que ha perdido, y mas digna de ella.

Lo presenté á Lola, como un antiguo amigo mio, y no tardó en agradar á la viuda. En breve tiempo arreglé la boda.

A los pocos días vino D. Pedro á mi casa.

—Mañana me vuelvo á Sevilla, me dijo.

—Con vuestra esposa, le contesté.

—No, solo. No me caso ya.

—Pues cómo? le pregunté sorprendido.

—Qué quereis? Una niñada de ella, ó quizá de ambos. Ya sabeis que puse por condición, porque está en mis intereses, que nos iríamos á establecer á Sevilla, pues ahora no hay forma humana capaz de decidirla á salir de Madrid.

—Pero ya que vuestra posición os permite vi-

vir en donde querais, ¿por qué no os fijais en Madrid por algun tiempo, y despues ella consentirá sin duda? Nada vais á perder, vos que tan aficionado sois á la corte.

—Dios me libre, me contestó.

—Pero por qué?

—Primeramente, me dijo Utrera con seriedad, porque hay en Madrid una calle que se llama de Alcalá: en esta calle se oyen todas las noches á las once aúllidos de gatos y perros, y aparece en una ventana una sombra fatal, como la de Nino.

—Veo que estais preocupado como Lola.

—Quizá: pero tambien he reflexionado que hay en la misma calle un hombre, que aunque tuerto, visto de perfil es todavia un gallardo jóven.

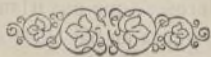
—Mas si vuestra futura aborrece á ese hombre tanto como un amante ama á su querida.

—Verdad es. Conozco esa espresion que esplica perfectamente el sentimiento de que hablais; pero, qué quereis? tengo miedo; los extremos se tocan, y no hay tanta distancia como creeis, amigo mio, del odio al amor.

No hubo medio de reducir ni al uno ni al otro. La fatalidad, sin duda, perseguia á Lola, ó acaso ella en sus momentos de cordura, mas justa que yo, conocia que no se puede encontrar en la tierra mas que una sola vez el camino de la felicidad. Acaso tambien haya querido espiar en la pobreza y abandono su fatal orgullo, viviendo miserable en los mismos sitios donde pudo haber sido tan feliz.

Si atravesais, lectoras mias, la calle de Alcalá en las altas horas de la noche, y distinguís entre las sombras una figura de mujer, que se estremece al ruido de un balcon que se abre, que tiembla al fulgor de la luz que ilumina una ventana, que prorrumpe en sollozos á cualquier rumor que se asemeje á los aúllidos de un perro, no la detengais en su curso vacilante é inseguro, dejadla paso con respeto, porque aquel espectro, que tal os lo parecerá, cubierto con los harapos de la miseria, con todas las apariencias de la locura, es una mujer jóven todavia, á quien encontrabais no há mucho entre vosotras en los teatros, paseos y salones hermosa y elegante: aquella desgraciada es nuestra conocida Lola, aquella es la niña de la dahlia azul.

AMADEO.



VARIEDADES.

MUJERES CÉLEBRES EN BELLAS ARTES.

PINTURA.—SIGLO XVII.

A.

Abarca. (Doña María) Era pintora por aficion en Madrid á mediados del siglo XVII, y segun García Hidalgo, con inteligencia y acierto en la semejanza de los retratos.

Aveiro. (La duquesa de) Residia en Madrid á mediados del siglo XVII, siendo pintora por aficion, y como afirma el citado García Hidalgo, ejecutando sus obras con gusto é inteligencia.

C.

Cueva Benavides y Barradas. (Doña Mariana) El escritor Palomino la nombra entre las señoras que ejercieron la pintura con buen éxito. Fué esposa de D. Francisco Zayas, caballero de la Orden militar de Calatrava, y residieron en Granada.

P.

Palomino y Velasco. (Doña Francisca) Esta pintora vivia en Córdoba á fines del siglo XVII, con gran crédito en su profesion. Fué hermana del célebre D. Acisclo Antonio Palomino y Velasco, que escribió el *Museo pictórico y escala óptica*, ó sea *Parnaso español, pintoresco laureado, con las vidas de los pintores y estatuarios eminentes españoles*. Doña Francisca falleció en Córdoba, dejando algunas obras particulares.

S.

Sarmiento. (La señora doña Teresa) Duquesa de Béjar. Corresponde á la clase de aficionada, y aun de profesora, por el acierto con que ejerció la pintura. Vivía en Madrid á mediados del siglo XVII, y Palomino dice, que le mostró una cabeza de Nuestra Señora del Ausilio, que habia pintado en vidrio con sumo primor; y D. José García Hidalgo, asegura que se veneraban en los altares de las iglesias de Madrid cuadros de su mano.

V.

Villaumbrosa. (La condesa de) Residia en Madrid esta pintora de afición á mediados del siglo XVII, celebrada de los inteligentes por la delicadeza con que pintaba retratos y otras obras.

SIGLO XVIII.

F.

Farnesio. (S. M. la Reina doña Isabel de) El erudito Ponz afirma, que de la afición y práctica en la pintura de esta Soberana, esposa del señor D. Felipe V, tenemos pruebas en el palacio de San Ildefonso, en la pieza angosta del cuarto de la Reina, pues hay unas cabezas pintadas de su real mano, y otras doce á pastel en la tercera pieza del mismo cuarto.

H.

Hueba. (Doña Bárbara María de) Nació en Madrid, año de 1733, y desde niña fué inclinada á la pintura. El día 13 de Julio de 1752, en que se celebró la Junta de apertura de la Real Academia de San Fernando, presentó ella unos dibujos de su mano, que merecieron la aprobación de los Directores y de todos los concurrentes. Entonces el Vice-protector que presidía dijo en voz alta: «Señores, los dibujos que se acaban de ver descubren tanto adelantamiento en su autora, que aun sin valerse de los privilegios del sexo, le concede la Academia, por su mérito, el honroso título de académica, esperando que con él aspire al celebrado nombre de otras insignes profesoras.» Desde este momento quedó nombrada Académica supernumeraria, y fué el primer título que despachó aquel establecimiento.

L.

Lárraga. (Josefa María) Era hija de Apolinario Lárraga, también pintor y natural de Valencia. Según Orellana, manejaba con destreza los pinceles, y con arreglo el dibujo, sin embargo de estar gafa de las manos. Se la atribuye un relicario de Jesús y María, que salía en las procesiones de rogativa del convento de Santo Domingo de Valencia; y en el de Socos estaba una demanda de

Santo Tomás de Villanueva, pintada de su mano, con mucha gracia. Pero en lo que mas se distinguió fué en la miniatura, por su aseó y buen colorido. Sostuvo en su casa la academia de dibujo algunos años, inmediatos al de 1738, por lo que es digna de buena memoria.

M.

Mengs. (Doña Ana María) Nació en Dresde en 1751, siendo su padre D. Antonio Rafael Mengs, pintor de gran nombradía en Europa. Viendo éste la afición de su hija á la pintura, se constituyó en maestro, y la discípula sobresalió á pesar de las incomodidades propias del sexo y del matrimonio, que contrajo en Roma en 1777 con D. Manuel Salvador Carmona, grabador de cámara de S. M. Traslada á Madrid, aunque se la aumentaron los estorbos con siete partos, no dejó de pintar en miniatura y pastel con acierto é inteligencia. Presentó algunas obras al Rey, que merecieron su aprobación; el señor Infante D. Luis, aficionado y protector de las artes, la ocupó en distintas ocasiones en hacer retratos. Ejecutó el de la Excm. Señora Marquesa de Valdecarzana, el de doña Juliana Morales, y de otros sugetos, juntamente con el de su esposo, que se conserva en la Real Academia de San Fernando, cuya corporación la nombró académica de honor y mérito en 29 de Agosto de 1790, y falleció en Madrid á 29 de Octubre de 1793.

P.

Perez Caballero. (Doña Angela) Fué natural de la Villa de Caparrosa, en Navarra. La Real Academia de San Fernando la incluyó entre sus individuos supernumerarias en 1753, por un gran número de dibujos que presentó; y fué de las primeras que merecieron este honor en aquel establecimiento.

Prieto. (Doña María de Loreto) Nació en Madrid en 1753, y pronto descubrió su afición al dibujo, en el que se perfeccionó al lado de su padre D. Tomás Francisco Prieto, grabador en hueco, y de láminas, y natural de Salamanca. La Real Academia de San Fernando la admitió en su seno, como individuo de mérito en 1769, por unos diseños de su mano, que sometió á su aprobación. Comenzó después á grabar al agua fuerte con igual acierto; pero el matrimonio que contrajo con D. Pedro Gonzalez de Sepúlveda, grabador principal de la casa de Moneda de Segovia, el viaje y residencia en esta ciudad, y sobre todo su temprana muerte

en 23 de Abril de 1772, cortaron las esperanzas de mayores adelantamientos, que prometian su talento y disposicion. (*Se continuará.*)

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.

MODAS.

La Moda, con su varilla mágica hace aparecer cada día nuevos y maravillosos caprichos en los lujosos almacenes de la capital: la mas asombrosa actividad reina en ellos, lo mismo que en los de las modistas de mas fama. La decoracion ha cambiado por completo, todo se trasforma. Las telas ligeras y las confecciones de verano se guardan en los armarios para ceder su lugar á las ricas telas de invierno y á los suntuosos abrigos. Para preservarse del frio que se aproxima á pasos contados, la Moda comfortable se deja ver ya en todo su esplendor.

Figuran en primera linea en estas exposiciones los vestidos de volantes de terciopelo, listados ó en realce, con sus correspondientes y lindisimos flequillos, tejidos en la misma tela. A este traje sirve de magnífico complemento una manteleta-chal de terciopelo liso, con ricos adornos de guipure ó de bordados de azabache; este abrigo es por su suntuosidad y distincion una cosa especial en su género, es la reina de las manteletas, ó por mejor decir la manteleta de las reinas. Siguen en el orden de las telas una multitud innumerable de disposiciones tan variadas que nos es imposible su descripcion. Los dibujos de estos tejidos ricos, son generalmente grandisimos: á su lado aparecen otros tan pequeños como lindos, para trajes de menos pretensiones. En las telas de mezcla y á precios muy cómodos, hay tambien disposiciones de mucho gusto, siendo las preferidas las de lista sanchas, puestas á lo largo; estos trajes son para sin volantes, y como se hacen para todo traer, se guarnecen de cinta de terciopelo negro, ó de flequillos de colores adecuados.

Noches pasadas hemos visto en el *Teatro Real*, en las concurridas y brillantes representaciones de *Hernani*, magnificas salidas de baile, de cachemir ó de merino blanco, guarnecidas de cinta de terciopelo azul celeste ó de color de rosa, formando gratiosos dibujos, ó bien de bordados de felpillas del color del forro del abrigo, con acertadas disposiciones de grecas, arabescos, ú otras parecidas. Nada mas encantador que el aspecto que presenta una hermosa cabeza, coronada de flores, dominando estos sobretodos de efecto tan seductor. En los adornos de cabeza reina el mayor gusto: entre los mas sencillos figura una toquilla de malla como la que representa nuestro pliego de labores con el núm. 4, á la que se pueden añadir caídas á los lados. Su ejecucion es fácil, y por el estilo del bolsillo que dimos con el número último de Se-

tiembre: la malla puede ser negra ó azul, y el ramo bordado de sedas de colores. Para abrigo de cabeza, hemos visto en la misma noche una toquilla de estambre blanco, hecha á *crochet*, de la que presentamos tambien modelo en el mismo pliego, que acompaña, con el núm. 7. Su tamaño será proporcionado, y al gusto de cada una, por eso el dibujo no presenta mas que la punta, á la que se irán añadiendo órdenes de estrellas hasta el grandor que se desee.

Y ya que hablamos de teatros, en el del *Circo* se ha estrenado una bonita comedia, original del señor Rubi, una de las primeras reputaciones con que España se honra. Sencillez en el plan, interés en la escena, verosimilitud en los caracteres, pensamientos morales y una fluida versificación, hacen de *Mejor es creer*, que tal es el título del poema, una obra que el público escucha con gusto, y mas estando encomendada su representación á Teodora, Amalia Gutierrez, Romea, Arjona y el gracioso Fernandez. Esta comedia dará muy buenas entradas al coliseo de la Plaza del Rey.

Los demas teatros, á escepcion del *Real*, han hecho en la pasada semana tan poco para atraer al público, que nos creemos relevados de hacer mas estensa esta reseña, dando noticia á nuestras amables lectoras á título de novedad, de vejezes, que casi por ser vejezes son *novedades*.

AURORA PEREZ MIRON.

Explicacion del pliego de Dibujos.

- Núm. 1. *Toquilla* de punto de malla, con ramo bordado en sedas, para adorno de cabeza.
- Núm. 2. *Zapatilla* en cachemir ó merino, bordada de trencilla.
- Núm. 3. *Esquina de pañuelo*, bordada al pasado y feston.
- Núm. 4. *Esquina de pañuelo*, bordada á feston y realce.
- Núm. 5. *Tira* bordada á realce: las hojas del ramo superior corresponden á la figura que con el núm. 5 hace referencia el artículo último de bordados en blanco, dado en 30 de Setiembre.
- Núm. 6. *Guarnicion* bordada á feston y realce; tambien el ramo de esta se refiere al mismo artículo de bordados que el anterior, con el número 6.
- Núm. 7. *Toquilla* para abrigo de cabeza, ó salida de teatro. Esta labor se ejecuta á *crochet*.
- Núm. 8, 9, 10 y 11. *Letras é iniciales*: bordado á realce.